
En el Prefacio, el autor nos indica inmediatamente, con loable modestia, que no pretende ofrecernos una verdadera historia de las universidades de la Edad Media, sino que sólo nos presenta una introducción a este tema tan amplio; anuncio nada sorprendente para el que haya estado consultando obras tanto más voluminosas sobre esta materia, como las de Cobban, Daly, Haskins o de Verger, encontrando allí a menudo para los temas que buscaba, no los datos que había esperado hallar sino sólo referencias a diversas monografías más detalladas.

Sin embargo, debe reconocerse que esta introducción al tema es panorámica y generosa: nos da un punto de partida para el estudio de las diversas ramas de este tema, contra un fondo amplio de la cultura y política medievales en general.

Al comienzo de una secuencia lógica de capítulos, el autor nos habla primero del “renacimiento medieval”.

No es culpa del autor, pero esta expresión siempre irrita un poco: inclusive el arraigado término mismo de “Renacimiento” para la fase que sigue la Edad Media, no es muy acertado. Con él se sugiere un reverdecimiento de la cultura antigua romano-helenística; sin embargo, no hay necesidad de ser un ferviente spengleriano para reconocer que una cultura, una vez que haya transcurrido su ciclo vital, no puede “renacer”. Lo que nació a mediados del siglo xv —y no renació— fue simplemente un vivo interés por la antigua cultura grecorromana (y este interés no siempre fue acompañado por una verdadera Einfühlung hacia aquella fase de la antigüedad, o por un conocimiento remotamente comparable a lo que el mundo académico actual sabe sobre aquella importante fase de la evolución humana occidental): fue un interés que surgió de cierta aversión hacia el ambiente medieval, más bien que de una penetración verdadera en la esencia de la antigua cultura mediterránea.

No: aquel término no es muy bueno, pero para bien o para mal ya

1 ¿Introducido por Voltaire?
nos hemos acostumbrado a él, especialmente desde Burckhardt; pero
no conviene ahora complicar una terminología, ya bastante mala,
mediante la introducción de una serie de "renacimientos" dentro de la
Edad Media. La culpa, empero, no es del doctor Tamayo: el señalado
pecado terminológico ya tiene cierto abalor e inclusive figura en
algunos títulos de libros muy académicos (yo mismo lo utilicé también,
aunque cambiándolo generalmente en "pre-renacimientos").

La larga fase medieval (digamos desde la caída del Imperio Romano
de Occidente, en 476, hasta la caída del Imperio Romano de Oriente,
en 1453) no es una época estructuralmente amorfa —una simple sucesión
de luchas y oleadas de peste, con salza de misticismo ("just one damned
thing after the other...")—: desde varios puntos de vista presenta una
clear estructura: así, desde el ángulo cultural, la Edad Media muestra
ejecapas de aceleración, que se inició en determinadas partes de Europa
para extenderse luego, aunque a menudo en forma debilitada y degre-
siva, hacia otras regiones. Generalmente podemos señalar en el origen
de tales oleadas de entusiasmo cultural algún punto de "apertura"
hacia la cultura islámica, en aquella época tan superior a la cristiana y
secretamente admirada por los incipientes intelectuales del cristianismo.
Tal apertura podría ofrecerse en forma de alguna corte "abierta", de
una ciudad-bisagra como Toledo, Montpellier, Salerno o Palermo, o
incluso de regiones enteras, como Sicilia.

Uno puede distinguir tres de tales "renacimientos" dentro de la Edad
Media.

a) En primer lugar, después de los siglos realmente "oscuros" que
van desde el quinto hasta el octavo, es innegable la intensificación de
la vida cultural alrededor de la Corte de Carlomagno, con su Ecole du
Palais, animada por Alcuino;

b) Luego, después de un llamativo relajamiento del ambiente cultural,
sobre todo debido a las invasiones de los vikingos, observamos otro
fortalecimiento de las disciplinas espirituales en el movimiento de
Cluny, en el siglo xi, que pronto se extendió hacia otros grandes
centros; y

c) Finalmente, después de la relativa decadencia del siglo xii (época
en que repercute negativamente en el mundo cristiano la actitud faná-
tica, cerrada hacia afuera, de los Almoravidas) el auge de los Almohades,
quiénes habían sucedido a aquellos Almoravidas, fomentaba en el
mundo cristiano una recuperación del nivel cultural que nos lleva
hacia el excelente siglo xiii, a cuyo respecto ayuda también el surgimiento
de prósperas ciudades en varias partes de Europa. Ya pronto florecen
la polifonía, la miniatura, la arquitectura gótica, y el estudio serio de
Aristóteles, y otras ramas de la cultura que, en unión sinérgica, contribuyen a aquella fase más atractiva de la Edad Media.

Finalmente, después la tremenda recaída, que Barbara Tuchman ha descrito tan elocuentemente en aquel libro popular que tiene el título pesimista de: “El Espejo Distant”, se entra en la recta final hacia el Renacimiento, a cuyo respecto ayudó la transmisión de cerebros y de manuscritos, relacionada con la caída de Constantinopla, en 1453.

El doctor Tamayo relaciona, correctamente, el surgimiento de las universidades con la segunda mitad de aquella segunda oleada de entusiasmo intelectual, en el siglo xi, y desvirtúa la leyenda de un hilo de continuidad que conectora aquellas escuelas monjiles directamente con la cultura mediterránea clásica.

Es verdad que, desde varios siglos antes de aquel segundo “pre-renacimiento” medieval, conocemos casos de discípulos que se habían formado en torno de alguna figura; y al lado de las “Sholae Interiores” de grandes monasterios, para la educación de su propio círculo, encontramos a menudo “Scholae Exteriores”, de gran éxito, para la transmisión de cultura hacia laicos. Pero el origen de la verdadera institucionalización de la vida académica en escuelas superiores de alcance amplio, independentes de ciertas figuras carismáticas pero temporales, y organizadas alrededor de verdadera curricula, con sistemas de discusión perpetua, exámenes, diplomas y, finalmente, inclusive, con cierta autonomía respecto de las autoridades de sus ciudades y a veces íntimamente conectadas con poderes superiores (y, por esto, a veces víctimas del juego político en las cúspides), debe buscarse en la segunda mitad del siglo xi.

En el capítulo de la “Scientia Antiqua”, el autor nos señala la importancia que han tenido traducciones al latín de obras que entraron en el mundo cristiano desde el mundo islámico (donde Aristóteles, por ejemplo, se había conservado en un lugar de honor cuando en el mundo cristiano sólo pocos intelectuales hubieran conocido siquiera su nombre).

Pero al lado de traducciones, algunos descubrimientos de manuscritos olvidados, redactados en latín, tuvieron gran importancia para estimular la evolución de escuelas monjiles hacia verdaderas universidades.

Así, el autor habla de la importancia que tuvo para la universidad de Bolonia el redescubrimiento del texto completo del Digesto, en las últimas décadas del siglo xi. En sus interesantes páginas sobre este evento, el autor no comete aquella frecuente injusticia, de menospreciar el valor que tuvo la intelectualización del derecho longobardo (ya desde antes del florecimiento carolingio), ni tampoco insiste en la pintoresca
leyenda del repentino entusiasmo por el derecho justiniano a raíz del redescubrimiento casual del texto pisano por Irenerius.  

En el tercer capítulo, el autor sigue hablando del origen de las "universidades", algunas de las cuales fueron producto de una gradual evolución, mientras que otras resultaron de actos oficiales.

Estos primeros centros universitarios, tuvieron —cada una— su especialidad medular. Así, Salerno surge (en una zona de contacto intenso con el mundo islámico) con base en la medicina; la de Pavia se organiza sobre todo alrededor del estudio del derecho longobardo, etcétera.

El autor dedica el cuarto capítulo a dos prototipos de universidades medievales: Bolonia y París.

Primero nos habla de la de Bolonia, centrada alrededor del estudio de los derechos justinianos y canónicos: aquellos "dos derechos" que por tantos siglos predominarían en el estudio jurídico universitario. Aquí encontramos interesantes páginas sobre la vida de esta universidad, arrastrada hacia la lucha entre los dos colosos, el Emperador y el Papa. Mencionemos de paso que el autor ayuda a erradicar la difundida superstición de que, etimológicamente, "universidad" tenga algo qué ver con una "universidad" del panorama de las materias impartidas...

Luego el autor analiza la historia inicial de la universidad de París, más bien centrada alrededor de filosofia y teología, cuya agitada vida medieval da lugar a excelentes páginas (quizás hubiera sido interesante mostrar de paso cómo esta Universidad se convirtió en consejera de la política eclesiástica de la monarquía francesa, y así en precursora de aquel Galicanismo que, junto con los Patronatos Reales de la Iglesia en España y Portugal, y tendencias semejantes en el mundo alemán y austriaco, intentó convertir la iglesia católica en una confederación de iglesias nacionales, cada vez más dominadas por las autoridades estatales).

La expansión de las universidades, las "secessiones", su estrategia política (a cuyo respecto una de sus armas poderosas era siempre la amenaza con una "cessatio"), y la filiación entre varias de estas organizaciones es materia del Quinto Capítulo. Como ilustraciones respectivas sirven, primero el caso de Padua, que se separó en 1222 de Bolonia, 3 y luego el caso de Oxford, que para su surgimiento pudo aprovechar los problemas de la universidad de París.

2 Con fines didácticos permitámonos que esta visión, un poco infantil, se perpetúe todavía algún tiempo, pero la moderna investigación histórica nos muestra ahora un panorama bastante más complejo, alrededor del señalado surgimiento de un sentido general por el derecho justiniano.

3 Recuerdo que mi padre me contó cómo estuvo presente en una gran ceremonia de reconciliación en la que, después de 7 siglos de fricción, los rectores de las dos universidades se dieron solemnemente el beso de la paz.
Luego, el autor describe el desarrollo de las universidades en España, transcribiendo al respecto varias normas de las VII Partidas.

El último capítulo es dedicado a la organización interna de la vida académica medieval. Después de un breve epílogo sigue bibliografía muy útil.

En relación con ésta, quisiera hacer notar lo siguiente. Es siempre cobarde criticar bibliografías ajenas; toda bibliografía es una antología, y un sabio dicho anglosajón recomienda: “never apologize when you antologize…” Además, en el presente caso, las grandes obras fundamentales que conozco están en la lista que figura en esta Introducción; sin embargo, como encontramos en esta bibliografía seis obras escritas en alemán 4 considero que hubiera sido útil tomar en cuenta el magistral análisis que hizo Helmut Coing, de la vida universitaria medieval en el mundo germánico, en el primer tomo del famoso “Handbuch der Quellen” —aquél monumental Manual de las Fuentes para la Historia del Derecho Europeo Privado, que publicó el Inst. Max Planck de Francfort; también podría recomendarse aquí el estudio correspondiente con que contribuyó Coing a la serie del Ius Romanum Medii Aevi (IRMAe).

A pesar de mi amistad con el autor, no me había dado cuenta de que estaba preparando este libro; si me hubiera pedido consejos, mostrándome el manuscrito, quizás le hubiera recomendado algunas excursiones hacia la forma de dar la clase (es que las diversas ramas de la amplia literatura jurídica medieval, en gran parte corresponden al método tan especial de dar las clases de derecho). 5 Un rasgo interesante de la didáctica medieval era también aquel sistema de perpetuos concursos de discusión entre los alumnos, con aquellas disputationes pedantes, que despedazaban cualquier tema en los molinos del análisis, para luego reconstruirlo con técnicas rígidas de síntesis. 6

Creo que, para una próxima edición, el tamaño actual de este libro debería mantenerse: es ideal para una introducción. Pero sustituyendo parcialmente la transcripción de tantas normas alfonsinas por un resumen, quizás se podría hacer un poco de espacio para el tema que acabo de señalar, además de la transmisión de los rasgos de la técnica didáctica islámica hacia el mundo universitario cristiano, y también

4 En cinco casos, citadas con errores de imprenta, como suele suceder con títulos en lenguas góticas.

5 Es interesante observar también cómo la forma original, didáctica-exegética, de analizar el Corpus Iuris, Lex por Lex, —método que desde Bulgaro, al comienzo del siglo xii, podemos observar en su gradual evolución— poco a poco cede ante el sistema de formar “materias”, evolución cuya importancia para la ciencia jurídica analizo en mi libro sobre la Segunda Vida del Derecho Romano, Méx., D. F., 1986.

6 Un método del que Goethe, medio milenio después, todavía se burla en una página bien conocida de su Fausto: la escena entre Mefistófeles y el alumno de primer ingreso.
quizás para una descripción de la vida social de los estudiantes, que presenta, por una parte, sus ligas con el simpático mundo bohemia de los Goliardos, pero por otra una cruel competencia entre los alumnos, con sus traicencitas y su técnica de denunciarse ante las autoridades universitarias.

También se podría decir quizás algo más sobre la historia de los títulos universitarios, tan ligados a la vida gremial de los intelectuales medievales.

La lucha inicial de la Iglesia contra Aristóteles, y luego el viraje hacia la cristianización del antiguo filósofo, también es siempre un tema fascinante, así como la esquematización del saber académico en forma del trivium y quadrivium, primer, tosco, intento de presentar una visión global y coherente del saber humano, luego continuado con más éxito por pensadores como Fichte y Teilhard de Chardin.

Así, uno podría enriquecer la temática del libro; pero reconozco inmediatamente que es injusto reprochar a una perla no ser una montaña, y tal como el libro se encuentra ahora delante de nosotros, delgado y manejable, nos ofrece una introducción clara, académicamente justificada, y útil, a un aspecto de la Edad Media sobre el que todavía no existe mucha literatura propia, en nuestro medio. Deseo a este libro una feliz existencia, en un ambiente de cordial popularidad, y con muchas ediciones.

Por el doctor Guillermo Floris Margadant S.
Fac. de Derecho e Inst. de Inv. Jur.,
UNAM.

—En la actualidad estos Goliardos gozan de cierta popularidad, gracias a la utilización de su poesía en los Carmina Burana de Carl Orff.